

RIVALES.—NOVELA CORTA
LEMA: «MAJITA DE GOYA»

LIBRO AUTOPRODUCCIÓN
AVOZ DE LOS INDIANOS



RIVALES.—NOVELA CORTA
LEMA: «MAJITA DE GOYA»





RIVALES

NOVELA CORTA

Lema: "Majita de Goya"

*A mi «peña» del Mercantil,
con todo el afecto del
AUTOR.*

I

Este que veis aquí...

Luis Plá se incorporó en la cama. En la mesa de noche, el «Polifemo» de bronce, señalaba las diez en su única pupila.

Ahora, buscando el desentumecimiento, echó la cabeza hacia atrás, y estiró el cuerpo, en un prolongado desperezo, alzando hacia el techo sus brazos, y apretando los puños como si quisiera colgarse del aire. En su pecho, ancho y moreno, se acusó una fuerte comba de vigor.

Por las rendijas del balcón cerrado, se colaba una banda de sol, que abría una herida en la obscuridad de la alcoba. Luis Plá miraba aquel florete de luz, y presentía el gozo de aquella mañana primaveral y cordobesa que se le adentraba en el espíritu. Rápidamente evocó la acera del Mercantil, cuajada de nenas, que saldrían de misa de San Hipólito; y el saloncillo del Club—prestigiado por la flamenca vitola, tallada en roble, de Guerrita—y el desfile lento por la calle Gondomar, sala primorosa y perfumada de Córdoba, y enjoyada en esas mañanas domingueras, de anchas risas, como la de Lupe Cobos; y con ojos «así de grandes», como los de Carola Teruel; y el palmito retrechero y picazón de Sierrita Mir... Allí en el amplio balcón, estaría a aquellas horas, Paz Reyes; la monísima Paz Reyes, condesita de Olid, con su carita de medalla, y sus manos afiladas y bellas, de abadesa. Y más abajo, alegres y reidoras, las dos nenas de Reguero; dos montoncitos de sal, heredados, sin duda, de las inagotables salinas de su padre, D. Agustín Reguero, príncipe, por derecho propio, de la gracia y del buen humor en esta bendita tierra cordobesa.

Un repiqueteo de nudillos en la puerta. Y a poco, Manuela, la vieja y relimpia Manuela con la batea del desayuno que dejó en la mesa de noche.

—Buenos días, señorito.

Luego entreabrió un postigo del balcón, y salió, cerrando cuidadosamente con el picaporte.

Luis Plá se sentó en la cama, y devoró con hambre su desayuno. Chocolate a la española; dos o tres rebanadas de candeal, untadas de manteca, y un gran vaso de leche fría. Sano desayuno de prior. Después se tiró del lecho, calzóse unas babuchas, y liándose en su bañador, abrió de par en par el balcón. Un torrente de sol bañó la alcoba. Sol fuerte y limpio de Junio cordobés. De pié, en el balcón, respiró gloriosamente el aire mañanero. Allí, frente, los jardines del Duque de Rivas, el paseo de la Victoria, la Caseta de la Amistad. A la izquierda, en el fondo, un manojo de cipreses, agudos y esbeltos, como flechas negras. Y a la derecha, la magnífica peineta de Córdoba; la sierra insigne, bordada de ermitas blancas, como copos.

Sonó un silbato del tren. En el kiosko de la música—era domingo de feria—la batuta de Camarero hería el aire, bajo los compases flamencos de «Domingo Ortega». Bocinazos; bronco trepitar de motores. El guardia de la circulación vigilaba el cruce de la calle Concepción, bajando y subiendo el brazo, como un muñeco mecánico. Brillaba la arena del paseo, color oro, como la otra arena de los Tejares. Olía a día de toros. Blusas rojas, azules, verdes, como capotillos de lujo. Y optimismo en la ancha mañana primaveral.

Sugestionado por el ambiente, y sintiendo en su entraña el espolazo del momento, vistióse rápidamente. Luego dejó una gota de «Roses aux Alpes» en el pañuelo, y encendiendo un cigarrillo, salió. Frente a la Caseta, recibió el regalo de una sonrisa—inmensamente bonita—de Casilda Montes.

Olía el aire a claveles. En los alambres del telégrafo, había nupcias de golondrinas...

* * *

Luis Plá era feliz. Feliz y solo. De edad temprana, quedóse huérfano de padres, y bajo la maternal solicitud de su tía D.^a Aparición, aquella tita buena, tolerante y sembrada de plata la cabeza, como una vieja dama de la regencia. Luego muerta su tía, y dueño de una renta, más que

saneadita, encontróse a los treinta años justo dueño de su porvenir y de su voluntad, y algo menos dueño de su corazón harto repartido entre aquella devoción por Casilda Montes, tan bonita tan serena y tan Cordobesa—con su cara de «chiquita piconera», como decía él, pensando en Julio Romero—y aquella otra vehementísima afición por Maruja Torralta, la alegre y luminosa nena madrileña de la calle Fernando el Santo; de espíritu señorial y travieso, como una duquesa de D. Francisco, y felina y clásica, como una mujercita de Barbey d'Aurevilly.

Luis Plá, a pesar de sus treinta, hacía una vida absolutamente normal. Hombre equilibrado, inteligente y sano, no alteró sensiblemente la ruta de su vivir, después de la muerte de la tía Aparición. La misma casa; los mismos muebles; la misma criada que le vió nacer. Allí en el gabinete, el viejo piano de ébano, severo, imponente, donde la abuela ensayó sus «Gavotas» y sus «Lanceros», y que se cerró herméticamente, sin que otros dedos rozaran el teclado. Allí también la consola en que D.^a Aparición hacía crochet, y leía en sus libros de rezos. Y los retratos del padre—un bravo artillero que cayó en Melilla con tres balazos en el pecho—, y de su tío D. Senén, caballero veinticuatro; y la vitrina de San Rafael, con sus violeteros de Fajalauza y sus violetas de trapo.... Todo igual.

Hombre equilibrado, dije. Un poco perezoso, eso sí; para levantarse. Luego, al baño, y seguidamente un paseo por la ciudad. Cordobés por los cuatro costados cardinales, sentía la absoluta necesidad de recorrer diariamente su Gran Capitán, señorial y europeo; sus Tendillas, como una Puerta del Sol chiquita, y su Victoria, perfumada y sensual como un jardín de harén. Y siempre, al pasar por Puerta de Hierro, recordaba la muerte de Pacheco, el bandido insigne; y al cruzar el Potro, evocaba a los trajineros y mozas de hostel, de la posada cervantina; y en sus frecuentes excursiones por la Judería, y la plazuela de las Bulas y los aledaños de la Mezquita, soñaba con su Córdoba, inmortal, opulenta, discreta y sabia. Luis Plá, hombre del día, hacía, no obstante, el lírico homenaje de su emoción a las viejas historias de su tierra; a sus viejas casonas; a sus viejos muros.

Por la tarde, y a veces, un par de horas de pócker. Después, un largo paseo en coche que llevaba él mismo—un *Chevrolet* roadster, color acero—carretera del Brillante arriba, o camino de Alcolea, para luego, entre dos luces, caer en la puerta del bar «Tomasa», a paladear un sorbo de «Flor de Montilla», entre el incesante discurrir por la acera, de chi-

quillas guapas, de mamás de «buen ver», y de tal cual viuda fresquísima y opulenta, de esas que reparten su tristeza y su luto, por los lugares más distraídos de la ciudad.

Y después de la cena—amenizada por saludables consejos de la buena de Manuela, a quien sus treinta años de fidelísima sirvienta, autorizaban a ello y a mucho más—, al Mercantil, a su tertulia de siempre, y alguna que otra vez a «dar un vistazo» por lugares ambiguos de encrucijadas y devaneo, que también de estas disciplinas necesita un mozo de treinta años, en posesión, por otra parte, de todas sus capacidades fundamentales. Pero, eso sí; era un buen administrador de su propia salud. Baño, paseo, gimnasia, viajes. Todo bien distribuido y dosificado. Todo; hasta la hora fisiológica del amor.

Pero no se crea por esto, que Luis Plá era un anciano de treinta años; cá. Luis Plá era un gustador de la vida; más aún: un vicioso de vivir. Lo que acontecía era que, para él, cada hora tenía su emoción, y así las repartía y las paladeaba a su antojo, con sabiduría de buen catador.

Pero sobre todas las cosas, experimentaba el embrujamiento místico de su ciudad, Córdoba le sugestionaba, aherrojando su espíritu de hombre moderno, entre las celosías de su prestigio y de su leyenda. El sentido senequista de sus costumbres; la austeridad de su espíritu; el silencio un poco conventual de sus casas; la honda serenidad de sus mujeres; los viejos humilladeros donde agoniza un Cristo entre el amarillo parpadeo de un farolillo de aceite... Córdoba, tan aquietada, tan silenciosa y tan discreta, formaba parte de su protoplasma, barnizando su vida de una cierta seriedad y dominio de sí mismo, que, a veces, le alarmaba, sin saber por qué: algo así como una sutilísima protesta de su juventud, ante aquel complejo del ambiente.

Alguna escapadilla al extranjero y dos o tres viajes a Madrid todos los años, a olvidar un poco la austeridad, y otro poco el recogimiento. Dos o tres viajes sabiamente distribuídos entre el hotel de primer orden; Letty, la tiple ligera—y tan ligera—del Alkazar, de primer orden también; fina y ondulante como una Tanagra; sus tardes en Negresco y sus noches en Lido. Y, sobre todo, aquella preciosidad de Maruja Torralta, madrileña por todos los rincones, y su novia formal de Madrid—tan novia y tan formal como Casilda—hija de un viejo banquero, muy amigo de la familia, allá en tiempos.

Y estos viajes de Luis Plá, tenían el regusto de la diversión y del

placer, lejos de las murmuraciones de su tierra, y aun del escándalo. Porque ¡menudo escándalo si a él se le antojara pasear por la Victoria, o tomar cerveza en la Perla, con Letty, como lo hacía en Madrid por Recoletos y en el café Gijón, muy enlazados del brazo, y cosquilleándole en las mejillas, las pestañas, forradas de *rimmel*, y los ricillos, color espiga de la chiquilla! Por eso sus viajes le sabían a liberación y un poco a huída, y no le era del todo desagradable, cambiar temporalmente la Torre de San Nicolás, y la Mezquita y la sierra, por su «chambre» núm. 50 del Palace; su Henar, su cabaret y sus violetas, que le prendía en la solapa, la florista pechugona del Fontalba.

II

En su tertulia del Mercantil

Llegó al Mercantil. Allí, junto a unas cristaleras del salón de la izquierda, se formaba la «peña». Peña multiforme, proteica donde discutíase a diario de política—¿cómo no?—de religión, de mujeres, de arte...; de la reforma agraria, y de tal cual aventurilla de tocador, cazada al vuelo por algún avisado podenco del corro.

Allí estaba ya Manolo Belgrado contando chistes, y «colocando» los bulos de «la huelga de Sevilla» y de «la probable entrada de Lerroux», al joven doctor Torralbo, obsesionado siempre con el paludismo, y pronunciando invariablemente su discurso sapientísimo, acerca de la incalificable conducta del mosquito, que hacía estragos en la zona palúdica de Alcolea.

Luis Plá pidió café. Desde la calle saludó Carlos Palma.

—Mírale—dijo Belgrado—No le queda de hombre más que la facha. En el fondo un pobre pelele.

Y Torralbo:

—Parece mentira que un hombre corrido, como Carlos, se haya dejado dominar por esa mujer. Porque todo es culpa de «La Topacio». Se arruinó por ella; lo arriesgó todo por ella... y lo de siempre; al quedarse sin blanca, la otra que dice: «hijito, ahí queda eso». Y se larga de junto a Carlos, para convertirse en querida oficial de ese vejestorio de vice-consul. Y la verdad es que el golpe le ha llegado a la entraña.

—El último romántico—dejó caer Belgrado.

—El último idiota—corrigió Torralbo.

—No. El pobre ha sido una víctima de sí mismo. Empezó por ser un

abúlico, para acabar siendo un irresponsable. Si no hubiera sido la «Topacio», sería el juego, y si no, el alcohol; cualquier cosa. Carlos era un candidato a guiñapo. Y luego, la vida se ha encargado de hundirlo definitivamente.

Y Luis Plá, después de un sorbo de café:

—¡La vida! ¡Bah! La vida no arruina a nadie. La vida somos nosotros. Desde que hemos inventado la vida para disculpar nuestros vicios, o nuestras torpezas, parece que respiramos más tranquilos. «La vida es así», decimos para soslayar la propia responsabilidad. ¡Mentira! Así somos nosotros. «Cosas de la vida», exclamamos colgándole a la vida el sambenito de nuestras culpas. ¡Mentira! Son cosas nuestras; solamente nuestras.

Entró Raúl Pérez, el impenitente burgués. Dueño de uno de los mejores hoteles de Córdoba, y dueño de una magnífica barriga. Llegaba con el doctor Corta, gran tocólogo y gran *gourmet*, siempre a bordo de su ancha sonrisa de niño grande, y de un maravilloso apetito, y que tenía la manía de pasar por un temible demoledor, cuando no era sino buenísimo en el fondo, y capaz de devorar media docena de bisteks, con la misma fruición con que un francés de la guerra devoraría a un *westfaliano*.

Raúl comenzó sus meditaciones filosóficas.

—Desengañense ustedes—dijo con un hondo sentido metafísico—; antes se vivía mejor: se trabajaba más; la vida era más fácil..

—Claro—hirió Belgrado—; antes había menos huelgas de camareros y no existían los comités paritarios, que obligarán a los dueños de hoteles a...

Hablarle a Raúl de comités paritarios, era sacarle de sus casillas. Belgrado, en punto a quemarle la sangre era un fenómeno.

Y Raúl, rápido:

—Todo eso son cosas de comunistas y sindicaloides, y gentecilla de esa que «se anarcotiza con un pitraco». Lo peor del mundo, es «un gañán harto cocido». ¿Quieren comerse lo nuestro? ¿Quieren llevarse lo que yo he ganado con mi trabajo? ¡Que coman chinas, como los palomos!

—Eso sí—terció Belgrado—. Antes era otra cosa; más orden; otras creencias; más respeto a la propiedad...

—¡Cállese usted!—rugió Corta.—Menos que hoy, abundaban antes los hombres puros. En cuanto a creencias, los millonarios, los poderosos, los burgueses, compraban a la vez su religión y su abrigo de pieles. Millonario, era sinónimo de católico. Los talonarios solían llenarse entre padre-nuestro y padrenuestro. En los bancos, como en los templos, hace falta otro látigo como el de Jesús.

—Verá usted...—insinuó Torralbo.

Y Corta, sin darle tiempo a respirar:

—Ladrones, usureros, mercachifles. Antes, como ahora, los había removiendo la charca dorada de los negocios, y robando dentro de la más escrupulosa legalidad. Otros, más audaces, o menos cautos, robaban, poniendo el pecho a la guardia civil. Ladrones todos. De blusa o de frac, ladrones.

—Pero no negará usted que antes había otros procedimientos...

—¿Para robar? Desde luego. Otros procedimientos y otra justicia. ¿Se trata de un ladrón de caminos? Ahí están los tricornios. Pero ¿dónde están los tricornios; dónde la justicia que dé el alto a esos ladrones, bien vestidos, socios de casinos, que desuellan vivo al necesitado de un «pagaré»; a esos ladrones vampiros del trabajador, porque nunca trabajaron ellos; a esos ladrones de vida, de ilusiones, de esperanzas? «La justicia de lo alto», se me dirá. ¡Bah! Esa gentuza se sonríe de una justicia que le dice: «Tú, malhechor, ya comparecerás ante mí, dentro de cincuenta años». Y sigue haciendo de las suyas.

El doctor interrumpió su discurso a la vista de una «catorce», menuda y pimpante, que cruzó ante los cristales. Frente a la chiquilla, la cara cordial y gordinflona de Corta, se esponjó con idéntica fruición que ante un solomillo al Jerez.

Ahora llegó D. Angel Burgalés; un farmacéutico rico, y lo que se dice un hombre de orden. Era republicano, en tanto D. Alejandro no suscribiera la quema de conventos ni el torpedeo a la propiedad. Burgalés era un temible adversario del comunismo, del que afirmaba invariablemente que «era un sistema que va contra la naturaleza».

Pidió café, y preguntó a Raul por su aorta. Claro, que la aorta de Raul, observaba una conducta ejemplar. Pero Raul, rico, burgués, saludable y satisfecho, necesitaba una enfermedad. Por coquetería. Por lujo. Por la misma razón que las mujeres se pintan su lunar en la barbilla. Y no teniendo otra enfermedad más a mano, levantó a su aorta un falso testimonio.

Sentóse Burgalés, y procedió a liar un cigarrillo; transcendentalísima operación que le ocupaba sus diez minutos largos.

Por la acera pasaba Alberto de Castro, entretenido en la sabrosa disciplina de piroppear muy junto al oído, a dos nenas—monísima la menor enlutadas y silenciosas como dos llamas negras. Alberto—inteligente y cínico—castigaba a la menor, ya que la otra estaba asaz castigada, al decir

de los enterados. Entró Alberto y comenzó a colaborar en la petaca de D. Ángel.

—¡Qué chiquilla!—saboreó chupándose los labios.

—Oye:—preguntó Belgrado—¿es verdad eso que dicen de la menor....?

—Yo creo que sí. Ella estuvo en Madrid hace poco, casi «con lo puesto». Y volvió demasiado bien vestida.

—¡Hombre...! Eso no es una prueba....—terció Luis Plá—Según. Hay algunas que para vestir bien, han tenido que aprender a desnudarse mejor —Y rió cínicamente.

—¿Sabes donde van ahora? A «Los Legítimos». Anda. Luis, acompáñame.

—Bueno.

Se levantó Luis Plá, y colgándose del brazo de Alberto, salieron, dejando a la tertulia escuchando unas sutiles consideraciones de Raul, acerca de la conveniencia de establecer en Córdoba una sección de guardias de Asalto.

Al salir, tropezaron en el vestíbulo con D. Francinco Venega, conserje del Círculo y pingüe conversador; amigo de referir detalles de su vida andariega, de viajante, exportador de frutas, administrador de revistas ilustradas, secretario de bancos hipotecarios, agente de seguros, y mil *mareán-ticas* más. Venega sabía más Geografía que nadie y conocía al dedillo todas las historias íntimas de gente conocida, y cien suculentos episodios de la más variada índole. El dicho vulgar de «averígüelo Vargas», estaría más en su lugar con «averígüelo Venega», que, en punto a saber cosas, era un *as*. Eso sí; fino y obsequioso hasta la hipérbole, eran proverbiales sus saludos y zalemas. Con su aventajada estatura; su imponente vitola, y su media calva, parecía un auténtico ejemplar, robado a la «Casta de Hidalgos» de Ricardo León.

Al pasar Alberto y Luis Plá se les acercó misteriosamente.

—Ya sé yo quien puso los petardos de la Veterinaria.

Y a un gesto de estupor de los dos amigos:

—Agárrense ustedes lo sé todo. Se fabricaron en la Plaza de España. Una organización tenebrosa.... Una cosa muy seria, muy seria, muy seria.... Yo lo supe por una confidencia de un chico sevillano, viajante de automáticos para las blusas, al que, por cierto coloqué yo en la casa Sanz y Compañía, Manolo García y Ruíz, por su madre, se llama. Me lo contó todo. Una cosa muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte....

III

No es la veleta culpable
Si el viento la trae o la lleva.
la culpa solo es del aire

—¡¡¡La Voz, diario republicano, con el mitin de ayer!!! ¡¡¡Llevo La Voz!!!
Luis Plá y Alberto Castro enfilaron por la calle Gondomar. Las siete. Bullicio, animación; obreritas que salían de su trabajo; muchachas guapas; piropos, escaparates, risas. Daba gloria pasar por la linda calle cordobesa. En la puerta de la Perla, saludaron a un grupo de amigos.

En las Tendillas, unas docenas de obreros sin trabajo. Siguieron por Jesús María, y al llegar al antiguo Correo, torcieron por la derecha y penetraron en «Los Legítimos». Delante de ellos, y doblando la esquina del fondo, un taconeo menudito y nervioso, y una bocanada de Coty.

«Los Legítimos». Buen vino, buenas «tapas» y buenos amigos.

Una pieza cuadrada, y enjoyada con reliquias de arte. Versos en las paredes, de insígenes poetas, y fotos a todo tren.

Allí un rejón de Cañero, y otro de Belmonte. Carteles de feria. Un soneto de Machado en un desconchón del muro. Retratos de artistas con cordiales dedicatorias. Uno, al centro, de Miss Legítimos 1932—una monada de perversa—; improvisaciones, en verso, del pobre Sánchez Rojas...; amén de un trozo de hierro, y de un pedazo de herradura, con dos agujeros, colgadas ambos adminículos a un extremo de la mesa, para que Teobaldo Romero «tocara hierro» cuando lo exigieren las circunstancias. Por último, muchas fotos de «Peroles», y de algún «legítimo» indumentado de Obispo, y de cien chicas alegres, y de alguna que otra alegre comadre de la ciudad. Y presidiendo el tema cordobés y romántico de la estancia, fotos de cuadros de Julio Romero, y un retrato, hecho hacía poco, del glorioso muerto.

«Los Legítimos»—club, taberna, casinillo y ateneo a la par—constituían una verdadera cofradía o hermandad, para cuyo ingreso había que guardar el obligado turno, y observar ciertas formalidades y ceremonias. Allí se organizaban «peroles» a la Sierra; se comentaba el avinagrado humor de Valle-Inclán; se hacía «cante» flamenco; se estaba al tanto de los éxitos de Carola Fernán-Gómez y de Custodia, y se recibía y obsequiaba a toda chiquita traviesa que acudía a amenizar la tertulia, entre unas «seguiriyas» y un sorbo de buen vinillo montillano.

Pero no se crea por esto que todo era frivolidad y desenfado en esta «cuerda» de «Los Legítimos», hermana de aquella otra «cuerda» granadina del siglo pasado; no. Allí había hospitalidad para todos y todas las ideas. En su mesa de pino, paladearon regustillo del vino cordobés, más de un personaje de la monarquía y de la República, y multitud de políticos y hombres de pensamiento, y literatos trota-tierras, que allí dejaron siempre un recuerdo vivo de su paso... y de sus melopeas.

Presididos por el famoso «Sillero», estaban ahora en el local, el gran Teobaldo Romero, de afilado ingenio, y afortunado cultivador del donaire; Luis Matilla, socialista; granadino; gordo y rico; junto a él, el famoso Neo de San Frasco, filósofo; *globe-trotter*; novio de todas las perversas de Córdoba, y funcionario modelo de la administración pública. Más allá, Rafaelito de Torres con su cara de bronce; su capa bordada y sus éxitos en La Ribera; Andrés Dubán, socarrón y libertino, con su sonrisilla de Arcipreste de Hita, y dentro, los dos zorros de Unamuno; el doctor Guido de Rueda, radical socialista, y excelente sujeto. Buen amigo y agílisimo «sábalo». Y por último, Anibal Fombona, quien, pese a su calva y sus cincuenta, tenía por capricho de las damas, y andaba chiflado por las gracias, un poco *demodés* de «la Bastoncito», distinguida sinvergüencita que ahora monopolizaba su atención.

Y dos nenas. Allí, a ambos lados del Sillero, rompían su risa clara las dos chiquillas aquellas, enlutadas como dos llamas negras. «Las Tórtolas» solían llamarles, y eran, singularmente la menor, la tentación de más de cuatro. Alberto miraba con ojos deseosos a la pequeña. Luis Plá pegó la hebra con Teobaldo Romero.

Llamó el Sillero:

—Siete «medios» y cuatro de boquerones. Aprisita.

La colmena bullía animada y locuaz. Alberto dejaba caer insolencias, junto a los rizos de la chiquilla. El doctor Guido, engullía discretamente su ración de boquerones. Teobaldo y Luis Plá, dialogaban en un rincón.

—¿Cuándo te vas?—inquirió Teobaldo.

—Mañana, en el expres.

Para tí es la vida; te envidio. Oye: ¿cuándo te casas? ¿sigues con la madrileña? ¿Y con Casilda? ¡Pirandón!

—Mira, chico; no me caso por ahora... y sigo con las dos. Pero no te creas que soy un canallita; ni siquiera un fresco.—Y tras una pausa:—A tí te puedo hablar francamente. Las dos me gustan y adoro a las dos. A Casilda, por su silencio, su temperamento, su serenidad; es un poco

conventual y un poco hermética; como Córdoba. Y Maruja, la madrileña, se me adentró sin querer yo mismo. Es bulliciosa, reidora, traviesa. Me pincha esa alegría suya, en el alma y en los ojos. Es... ¿cómo te diré mi pipa de opio; mi venenillo. Mi «muñeco», le digo yo.

—¡Entonces...!

—No sé; no sé. Casilda es la suavidad. Maruja, el movimiento. Y las dos se complementan y se ajustan en mí, como si fueran una sola mujer..

—Partida por gala en dos—, bromeó Teobaldo.

—Sin burlas. ¡Si pudiera casarme con las dos! Te digo que eso de estar enamorado de dos mujeres, tan distintas, tan dispares, y enamorado por igual, es una tortura.

Se abrió la puerta y entró «Aurora». Se sentó junto a Dubán, pegándole un pellizco que le hizo ver las estrellas; singular manera de darle a conocer su estimación.

—Anda, negra, cántate algo—, invitó Neo de San Frasco.

—Dan viruelas—repuso Aurorilla con chulería.

—Claro; como que se puede enterar tu novio y...

—Cambia la copla, hombre; a mí, mi novio..., plim.

—Canta mujer—rogó Dubán, más con los ojos que con los labios. Y Aurora, al oído:

—¿Quieres tú? Pues ahí va.

Y como cuentas de cristal cayeron las palabras del fandanguillo:

Hiciste como Jesús;
dormida estaba mi alma,
la resucitaste tú.

La copla temblaba en los labios de la chiquilla, con temblor místico y apasionado. Cantaba con los ojos muy cerrados, mirándose adentro de ella misma, y como poseída por el hondo sentido humano de la copla. Luego, lentamente, sacerdotalmente, mojó sus labios en vino. Crugieron las palmas y los olés, y le rogaron que cantara otra. Y Aurora, mirando al techo y hundiendo los párpados, soltó la queja flamenca.

No es la veleta culpable
si el viento la trae o la lleva.
La culpa sólo es del aire.

Aurorilla saboreaba, palabra por palabra, el fandanguillo. Y su espíritu, de atroz ingenuidad, se enganchaba en la copla, que desde sus tres versos, como tres flecos de caridad, disculpaba a las pérdidas del delito de no ser honradas.

La culpa sólo es del aire.

.

Y en el aire sólo se perdió la copla, rota en un flamenquísimo tercío final. Aurora abrió los ojos—húmedos ahora—y soltó un manojito de risa, que no le salía de adentro. Luego, bebió una copa, de un sorbo.

—¡Viva Aurorilla!—gritó el Sillero.

—¡Vival!—corearon todos.

Y, uno por uno, en pintoresca ceremonia, mitad admiración y mitad humorismo, desfilaron, besando la mano de Aurora. La calva de Fombona, al inclinarse, sonreía como una luna llena.

Se fueron las «Tórtolas» y Aurora. Los otros pidieron la cuenta y comprobaron el numerario del cestillo, donde cada cual depositaba el importe de su consumición. Veinte y seis pesetas exactamente.

—Lo que son las cosas—comentó Neo—; veintiseis pesetas de vino, y ni una voz más alta que otra. Pon ese vino en Madrid, y en casa Márquez, por ejemplo, y ya habría alguno bailando encima de la mesa y rompiendo espejos. Y todavía tenemos fama de farristas los andaluces.

—Claro—soltó Fombona—nuestra alegría es una alegría civilizada.

Y el doctor Guido, con la boca llena:

—¿Qué entiendes tú de alegría?

—No—terció Luis Plá—. Es sencillamente que eso de la alegría cordobesa, es pura leyenda. Nada más serio que nuestra alegría. Nada más serio que el vino cordobés. Vino de hombres y para hombres como Dios manda. Por ahí no conciben que se beba vino en Córdoba, sin que se vocifere, se maltrate a las mujeres y se haga un poco el ganso. Y mirad como es falsa toda esa vieja estampa. Nuestro cante flamenco es de tal solemnidad y sentimiento, que más invita a la meditación que a la juer-ga. La madre que se muere; la novia que nos deja; el dolor de la ausencia; la tragedia sentimental de las miserables y de las pérdidas... Recordad la coplilla de antes: *No es la veleta culpable, si el viento la trae o la lleva; la culpa solo es del aire.* Y decídmeme si después de esas palabras, se puede hacer añicos el espejo, o pegarle a una mujer.—Tras una pausa:—La guitarra, lo mismo. Instrumento serio, melancólico, que hiere la sensibilidad y nos hace vibrar de emoción desde un rasgueo o una falseta. En cuanto al vino... La taberna cordobesa es seria. El vino serio. Y el bebedor, serio. En Córdoba se bebe el vino con solemnidad, con algo de rito sacerdotal. Un hombre entra a la taberna y pide su medio. Luego, otro. Y otro. Y los que se tercién. Paladea, termina y paga. Se ajusta el sombrero, enciende un cigarro y se va. Muy firme; muy serio. Y ni el vino le pide jaleo, ni porfía de pelea, ni escándalo. Luego, llega a su casa;

cena y se acuesta. Esa es la alegría del vino cordobés. Y es que este villino de Córdoba, se ha emborrachado un poco de senequismo, y en vez de juerguista, se hace filósofo.

Todos estuvieron de acuerdo con Luis Plá. Después, para solemnizar el discurso, pidieron sendas copas, y se fueron. Luis Plá y Alberto, marcharon a cenar a Los Luises.

IV

El duelo

Después de la cena y después de la sesión de Novedades, donde una pobre «estrella», sin malla y sin estorbos, enseñaba su formidable popa, como una cureña Krupp, a un público hambriento de sexo, marchó Luis Plá a su casa. Aquella noche no tenía ganas de tertulia. Al final de Concepción, un chulo—patillas, gorra y cicatriz—abofeteaba a su coima despiadadamente. Tentado anduvo de terciar en la porfía; pero su generoso ímpetu, detúvose estupefacto, al ver que la muchacha, tras la paliza, bebía glotonamente el cuello de toro del flagelador. Luis Plá sonrió y dobló la esquina de la Victoria.

Sobre la mesa de noche, una carta. Letra de araña, y de Madrid. Sin abrirla, desnudose para saborearla en la cama.

«Madrid.

»Mi Luisín de mi alma: ¿Te extraña que tu «muñeco» te escriba otra vez sin esperar carta tuya? Bien sé que los hombres sois unos vanidosos presumidos y que no se os puede dejar ver demasiado claro lo que sentimos. Pero estoy tranquila. Tú no eres como todos, y no pensarás al leerme: «esta Maruja anda chiflada por mí». Y si lo piensas, mejor. Estoy chiflada, sí. Te quiero y te desean mis labios y mis ojos: ¿qué pasa? Ayer tarde estuve en casa de Pilar; ya sabes quien es: aquella del «Lancia» que a poco atropella a un guardia en la Castellana. No sabes lo que me habló de tí; que si eres tan guapo; tan esto y tan lo otro; que si nos casamos pronto, y que nos vayamos a pasar la luna a Cannes, donde ella estuvo el invierno pasado. Bueno; y la muy.. cínica, llegó hasta decirme que me tenía una envidia horrorosa, por tí —no te pongas ancho, salvajito—y yo no sé cuantas audacias más. Tú bien sabes como es Pili de desvergonzada. Y no te rías; pero he sentido unos celos horribles de Pili. Esas perversidades que me ha contado, y

»esa admiración hacía tí... Pili es capaz de todo; hasta de quitarme el »novio. ¿Verdad que no, Luisín?

«No sé; quizás por eso; pero hoy he sentido vehementísimos deseos de... »¡Jesús, qué vergüenza! Pero, en fin; ahí va: de casarnos; de ser tu mu- »jercita, y que esas y otras nos vean en Molinero y en Fontalba y en el »tennis, y que se coman las uñas de rabia las muy envidiosas. Pues ¿no »dijo Sinda Lucazcal que yo era tu novia de capricho, y que a lo mejor »tenías otra ahí en Córdoba, con la que, al fin, te casarías?

»Yo he dudado mucho antes de dar este paso. Pero como tú me lo »habías dado a entender... Además, la confianza es para algo ¿no, Luisín? »Y ya es hora de ir pensando en nosotros; en nuestras cosas; siempre hay »que preocuparse del *trousseau*, del modisto... de todo. Si yo supiera cuan- »do venías, aplazaba ésto, hasta verte; pero hijo, una no sabe que vienes »hasta que te presentas sin avisar.

»Papá quiere anticipar este año el veraneo; así es que Santander será »con nosotros pasado el Corpus. ¿Por qué no te decides? Este año, bien »podías dejar el Cairo y el Mediterráneo, y pasarte unas semanas en el »sardinero. ¿Lo harás?

»Escribe pronto. Contéstame a todo. Y hasta la tuya, o hasta verte, »cuenta, como siempre, con todos los cariños de tu «muñeco».

* * *

Quedóse un rato ensimismado con la carta entre las manos, y el pen- samiento flotando en el vacío. Sí—pensó—, treinta años; una posición de- finida, una novia formal, ya son razones para pensar en algo serio. ¡Ca- sarse! ¡Casarse!—Repitió lentamente la palabra y se alarmó *de no haberse alarmado demasiado*. Porque Maruja era una señorita. Un poco frívola y coquetuela, eso sí; pero sin ligerezas de arte mayor, ni mucho menos. Edu- cada, correcta, bonita; buena familia y buena posición. Y él la quería; sí. Se analizaba a sí mismo, y tenía que confesarse que la quería. Le gustaba definitivamente aquella alegría suya, un poco ruidosa, y aquella imagina- ción retozona y vivísima que le contagiaba a él, barnizándole de optimis- mo. Claro que no era; no podía ser muchachita casera, amante de su pa- tío, y su canario y sus tiestos. Pero Madrid era Madrid; comprendía que la vida aquella de paseo, platea, *tennis* y *brasserie*, hace de la calle, una prolongación del domicilio; casi otro domicilio.

Encendió un pitillo. La veleta de su pensamiento, un poco giróvaga, volvió ahora la flecha hacia Casilda Montes. Y la veía tan buena, tan

silenciosa, tan mujercita; queriéndole a él hondamente, sin explosiones ni alharacas; pero aferrado su amor a la entraña, como un garfio....

Y novio de las dos, y sin la menor intención de jugársela a ninguna. Sin proponérselo él mismo, aquella de Madrid y esta de Córdoba fueron adentrándosele suavemente, calladamente.

Fatalidad o lo que fuere; pero hubo un momento en que no había otro remedio que hacerse novio de las dos; hubiera quedado desastrosamente de proceder de otro modo. Además, él no pudo medir el alcance de sus miradas, de sus galanterías—sin intención, al principio—de sus insinuaciones. Después, la invitación de Casilda—delicadísima desde luego—a frecuentar su casa, y la de Maruja a iniciar una correspondencia, a pretexto de enviarle unas postales y unas fotos de Córdoba. Y como a él le gustaban la sencillez y el comedimiento de Casilda, pues hé ahí que dió en la flor de frecuentar su domicilio de la calle de San Pablo. Y como, por otra parte, Córdoba poseía tan dilatado retablo de riquezas, monumentos, y primores, aconteció que no hubo bastante con media docena de postales, y así, la correspondencia epistolar con Maruja, que hubo de establecerse a cuento de inocentes temas de arte musulmán, continuó después, cada vez con menos arte y con más afición, hasta que, de la noche a la mañana, y como por cosa de embrujamiento, hubo de cambiarse el «distinguida amiga» que encabezaba las postales del Mihrab y de la Calahorra, por el «muñeco de mi alma» que presidía las cuatro carillas enervorizadas de pasión.

Y así, sin saber cómo, hubo de encontrarse Luis Plá con dos novias a un tiempo; dos glorias de chiquillas que le llenaban de gozo el sentido. Y bajo el meridiano de su pasión, amaba igualmente a las dos, tan idénticas para los anhelos de él, y tan hondamente desiguales en todo. Una, lentitud; otra la movilidad. Casilda, la hoguera que se consume en su castillo interior, y que no arde como la zarza bíblica. Maruja, la lumbre que se sube a los ojos, y enrojece los labios, y hace galopar el deseo. Esta, toda carne. Aquella, toda alma. Labios, unos, para el beso silencioso, mugido de devociones, bajo el toldo del patio, y el ruido del agua. Labios otros, húmedos y lujuriosos, como pulpa de naranja, para morder...

Luis Plá pensó que había que decidirse. Se miró a sí mismo. Vió que, dentro de poco, comenzaría a declinar su juventud. Sus rentas egoístamente dilapidadas. Su casa fría, sin ruidos, opacas, y donde solo las manos sarmentosas y huesudas de Manuela, dejaban una huella de mujer. De pronto, vió cómo se abrían aquellos balcones y se limpiaba de jara-

mago el jardín sin cuidar, y corría más gozosa el agua del surtidor. Y vió su pelo enredado entre unos dedos, y su espíritu acariciado por otro espíritu...

Quedóse un punto pensativo sobre el almohadón de la evocación, y se contemplo del brazo de su mujercita; muy orgulloso de ella; tan bonita, tan enamorada, tan suya... Pero, ¿cuál? ¿Cual de las dos era la que enjoriaría su casa de risas, y le enredaría el pelo, y le esperaría tras los estores claros del balcón? ¿Casilda? ¿Maruja? Le dolió un poco aquella pasión por las dos, que no permitía a su pensamiento aislar a una de la otra. Pero había que decidir. Era preciso. Había que resolver esta reyerta sentimental. Una de las dos. La que fuera. La que más se acercara a su espíritu.

Desde aquel momento sin sospecharlo ellas siquiera, quedaba planteado el duelo. Duelo invisible de dos mujeres, tan separadas por quinientos kilómetros de distancia, y tan juntas en el corazón de Luis Plá. Y se acometerían con saña; se odiarían, se destruirían sin conocerse, sin imaginar siquiera que luchaban. Combate feroz de dos rivales. Alma contra alma. ¡Casilda! ¡Maruja! No cabían las dos en la vida de Luis Plá, a fuerza de llevarlas tan clavadas en su propio pecho.

V

Olían a jazmín y a agua las manos...

—Mira—le decía Casilda entre el suave vaivén de la mecedora—; hoy te esperaba con más impaciencia que nunca. No me preguntes por qué. Ni yo misma lo sé. Ya ves lo acostumbrada que estoy a tus viajes; pero me parece—¡qué tonta!—que en este de ahora, va envuelto algo muy relacionado con nosotros.

—¿Qué piensas, nena?

—¿No te digo que no lo sé? Madrid me da un poco miedo. No te burles; pero mira: tienes una novia demasiado provinciana quizás; demasiado de Córdoba. Y algunas veces pienso, si tú, tan bueno para mí, tan leal, tan mío, serías capaz de dejar de serlo alguna vez. No me interrumpas, hombre. Madrid es la tierra de la gracia; y las mujeres miran allí con demasiado *rimmel* en las pestañas, y besan con demasiado rojo en los labios. Y yo, así; tan sencilla, tan como soy, pienso a veces, que en el juego lo arriesgo todo, y puedo perderlo.

—¡Mi Casilda; mi mía!—rezó Luis Plá.

La criada descorrió el toldo, cambiándolo por el otro toldo de la gran comba azul. Doña Clara—mamá de Casilda—, leía a duermaveela, en un libro de devociones. Hacía calor. En el patio, de mármol blanco y negro, solo se oía la grata caricia del agua del surtidor, y abejorreo de los novios; de cuando en cuando, ruído amortiguado de un coche, un pregón de «mantecao» o una puerta al cerrarse. Un jazmín se enroscaba, como una serpiente, a una de las columnas. En un rincón, un caballo de cartón, sin orejas, y un tambor del sobrinillo. Paz allí. Serenidad. Silencio. Olía a jazmín y a agua.

—Te quiero, chiquilla. Por suave, por bondadosa, por morena. En tí está toda Córdoba, y en tu alma el alma de sus piedras. ¡Te quiero, chiquilla! Te robaría, como un pirata, para hacerte capitana de mi galera; ¡tienes cara de capitana! Como un peregrino, rozaría con mis labios el borde de tu vestido. ¡Cara de santita!

—Loco, loco—rió Casilda.

—Eres lumbre y eres deseo. Pero sabes domar tu lumbre, y aquietar tu temblor. Eres el señor de tí misma; tu dueña, tu dominadora.

Las pestañas de Casilda, se enredaron en las últimas palabras de Luis. Entre los dos rostros, puso ella el suave abismo de una mano.

—¡Quita, por Dios!—suplicó.

Luis Plá robó con las suyas, aquella mano afilada, y besó una por una, las puntas de sus dedos. Devotamente. Religiosamente. Las manos de Casilda,—como el patio—olían o jazmín y a agua.

Doña Clara, volvió una hoja del libro.

* * *

Sonó el timbre. Allí, en la cancela, las de Solís, con su mamá y el novio—un poco memo—de la mayor. Casilda fué a abrir.

Anda, hija; vente a dar un paseo.—Y a Luis—usted también. Pasábamos, y decidimos recogerles.

No se sentaron. El novio, sin sombrero, cuello sport, y pantalones de tennis, se contemplaba de reojo, en el espejo de la bastonera, tras el brevísimo tocado, bajó Casilda.

En la calle, saludos, adioses. Algunos ojos, piropearon a Casilda, tan garbosa, tan bonita. Con su novio, echó delante de todos, por oficiosa imposición de la señora de Solís, que «le gustaba estar en todo». Gran Capitán, Avenida de Canalejas. Al fondo, el cielo besaba a la Sierra.

—¿Cuándo vuelves?

—Ocho días todo lo más.

—Para un pretexto son muchos ocho días.

—No—mintió piadoso—; no es un pretexto este viaje. No debo abandonar mis asuntos. Unas cuentecillas en el Hispano; las acciones de la Azucarera...; ocho días como ocho eternidades.

O ye. Estoy pensando si te vería mamá besarme los dedos.

—Puede que sí. Pero ¿quién le manda tener una hija que pincha de guapa? Los dedos devoraría, y los labios, y el hoyuelo ese de la garganta, y el pelo y...

—Corres demasiado. Para, loco.

Detrás de ellos, el novio memo de la Solís, explicaba a la muchacha lo que era un penalty.

Llegaron a los jardinillos de la Agricultura. Niñeras, chiquillos, soldados, cesantes. Tres canónigos de pingüe vientre y movimientos de bergantín. Un barquillero. Los nenes arrojaban pan a las palomas. En el estanque grande, unos patos se zambullían verticalmente, dejando afuera la cola. Más abajo otro estanque con el agua obscura de verdín. Quieto el estanque. El jardín, quieto. Como si no hubiera aire. Las hojas—como corazones verdes—no se mojaban al caer sobre el agua inmóvil; parecía que caían sobre una lápida; que el estanque aquel era como una lápida negra; como un estanque de asfalto.

Dieron la vuelta por la Victoria, la Huerta del Rey, la Ribera. Luego la Fuensanta, buscaron la calle San Pablo por Santa María de Gracia. Un buen paseo, y a casa; la señora de Solís, rezongaba como un cachalote. El novio memo, hacía brillantemente el ridículo, esforzándose en convencer a su novia, de que las mejores empanadas de salmón, las hacían en «La Mexicana». La novia le daba heroicamente la razón.

* * *

—Mucho cuidado con trasnochar, Luis—decía Casilda—; tu teatro, si quieres; tu chocolate, y a la cama. A la una todo lo más. Ya te he dicho que Madrid me da un poco miedo.

—Descuida, mujer. Haré todo lo que tú quieras, y en paz.

—¡Si yo pudiera verte por un agujerillo!

Se miraron, fijos los ojos sobre los ojos.

—Adiós, nena. Son las diez, y apenas si me da tiempo a cenar, antes del exprés.

Casilda apretó la mano que le tendía su novio. Luis, subió lentamente aquella mano hasta su boca, y besó otra vez en las yemas de los dedos. La luna se ahogaba en el agua del surtidor. Las manos de Casilda, la noche y el patio, olían a jazmín y a agua...

VI

El muñeco

—Pero ¿a quien ofende mi risa, tonto?

—Ofender, no. Pero, mira, Maruja; me da rabia que te oigan todos. Parece como si tu alegría fuera un poco de todo el mundo, y tú misma, por eso, un poco de todos los demás. Celillos ridículos, si quieres. Pero me gustaría que tu voz y tu alegría y tu risa fueran solo para mí.

—¡Ah! ¡mi Otelo, mi tigraso!—Y le acarició largamente con los ojos.

Al final de la Castellana. Rodearon la estatua de Castelar y embarcaron el paseo del Cisne.

—Oye, muñeco; tengo que decirte que ya me va molestando el medi-quillo ese. Te mira de un modo...

De nuevo saltó afuera la risa de Maruja, como un chorro de agua. Y luego, sería:

—Me gustas, Luisín. Por celoso y por huraño. Y te quiero más cuanto más me arrugas ese ceño de hombre terrible que pones. Ya ves; yo tan alegre y tan atolondrada, prefiero verte así de severo conmigo. Mi alegría, un poco alocada—ya ves que me conozco—encuentra abrigo en tu seriedad. Yo ruidosa; tú grave: mejor. Mi panderetilla se asusta un poco de tu tambor. ¿Te acuerdas de «Tambor y Cascabel»? Pues así los dos. Tú lo primero; yo cascabel. Por eso me gusta verte alguna vez serio conmigo y que me llames al orden. Es como si además de mi novio guapo, fueras mi preceptor; mi profesor de vivir.

A Luis Plá le enamoraba esta manera de ser de la nena, y le cosquilleaban su alegría y las anchas cataratas de su risa. Pero, a la vez, surgía, como un penacho el recuerdo de Casilda, tan dulce, tan sugestiva, tan buena. Y era nobilísima aquella doble cadena de pasión, que no podía romper, sin que se le rompiera a él algo muy adentro. En su seso, cabían y se fundían las dos, y prescindir de una, sería como amputar un ala de su propia felicidad.

Ya en su cuarto del Palace, y en la cama, leyó otra vez:

«Córdoba y Junio.

»Acabo de recibir tu carta, y ya casi podría recitarla de memoria. Me
»ha producido una poca pena y otra poca alegría. Pena, al ver el entu-
»siasmo conque me cuentas tus andanzas, y la fiesta del Palacio del Hielo,
»y tu excursión en avioneta con unas muchachas que sabe Dios quienes
»serán. Parece que esas diversiones me roban un poco a tu recuerdo, y...
»¿qué sé yo? Me estoy volviéndome una egoísta de siete suelas.

»Y alegría. No sabes como echo a vuelo mis campanas, y como me
»salta el corazón, como una cabrilla loca. Porque he leído entre líneas lo
»que pensabas cuando corría la pluma sobre el papel. Ya lo sé: nos que-
»remos, y hay que ir pensando... Tú lo has de querer, y tú lo has de
»decidir; que mi voluntad es tuya y de sobra conoces como habré de
»compartir tu decisión.

»No he salido desde tu marcha; y es que, sin querer, te guardo un
»poco luto; así. Tus viajes son duelo de no verte para mí.

»Me preguntas por el patio y por el jazmín. Y el patio y el jazmín,
»tan hechos a verte, parece como si a todas horas me preguntaran por
»tí. Y hasta el agua, al borbotear, se me antoja que te nombra. En mi
»patio estás tú siempre; tan lleno está de tu recuerdo.—*Casilda*».

* * *

Carretera de Madrid. Maruja al volante, y a noventa por hora. De-
trás de los dos, el chofer, muy tieso en su uniforme gris.

—Levanta el pie, muñeco.

Maruja reía como una loca. La melenilla se desliaba al viento, esca-
pándose de la prisión azul de la gorra. La cara congestionada por el
azote del aire, y los ojos clavados en la recta de la carretera. Árboles y
postes, al galope.

—Más despacio, mujer.

Poco a poco, acortó la marcha. Pararon frente a un ventorro,

—Oye, miedoso; ¿quieres que merendemos aquí? Tengo hambre.

En la misma puerta les sirvieron cerveza, jamón y pan. Maruja comía
glotonamente; el aire y la velocidad habían despertado su apetito. Luego
mondó una pera, y clavó en ella los dientes blanquísimos. Húmedos del
jugo los labios. Luis levantóse y le cogió la cabeza entre sus manos.

Luego, acercando su boca a la boca, la hundió golosamente en la pulpa roja.

—¡Suelta, suelta! ¡Ansioso!

Rompió a reír con su risa alegre y limpia. Luego, congestionada aún, y brillantes los ojos, ofreció de nuevo los labios a su novio, que él mordió inmensamente. Temblaba la chiquilla...

Si el chofer—muy enfrascado en el capó—hubiera vuelto la cabeza... Pero no la volvió.

.....
.....

«Córdoba y Junio.

»Estoy un poco preocupada. Mamá tiene la gripe, y eso no va bien con el corazón, delicadilla de él, como está. Llevo dos noches sin acostarme, porque mamá no quiere que la cuide nadie, sino yo. Por cierto que en sus horas de reposo, me he leído «La Feria de los discretos». Pero ¿es Córdoba así? Yo no lo sé. Claro; con la vida encerrada entre estas torres y estas calles, me faltan puntos de referencia para darme una idea cabal de como somos; pero cuando Baroja lo dice—que tiene, según tú, tanto talento—por algo será. Precisamente la abuela de doña Marta, vió matar al Pacheco ese de la novela, y lo cuenta tal como está en el libro.

»Ha salido un periódico nuevo; se titula «Combate» y está dando mucho ruido. Dicen que es socialista; pero yo no entiendo de eso, ni jota.

»Anteayer murió doña Sacramento, aquella pobre señora tan vieja, que tanto te daba que reír, porque según tú «parecía un escaparate, de tantas cosas como se colgaba». Más noticias: al Gran Teatro vino Fleta. Dicen que cantó muy bien; pero a poco se asfixian de calor; en este tiempo, no hay sitio como la Plaza de Toros para estar a gusto.

»No me hagas caso, si te digo que no me agrada que te diviertas tanto. Sigue divirtiéndote, pero acordandote de mí, que a todas horas estás presente en mi cariño.—*Casilda*».

* * *

Calle Fernando el Santo. A la caída de la tarde, y en el balcón. Maruja y Luis Plá. La vista de este, fija en las columnas salomónicas del humo del cigarrillo. Distraído, y un poco distante, en aquel momento, de su novia.

—¿Qué piensas? ¿Donde estabas ahora mismo? Dí.

Y Luis, como hablando consigo mismo:

—Parece de Córdoba esta calle. Tan señorial, tan silenciosa. Hasta con sus persianas echadas...

—¡Qué rabia! Hoy todo se te antoja Córdoba. Las dos nenas de la mantilla, tenían tipo cordobés; la casa del conde del Perú, estilo cordobés; esta calle, como las de tu tierra. Hasta yo misma te parezco menos jovial y menos diablillo; como tus paisanas. Ni siquiera me has llamado «muñeco» una sola vez.

Y Luis, lejos de allí, y un poco desflecado el pensamiento, repitió lentamente:

—Como mis paisanas...

Y encarándose con ella;

—Como mis paisanas, eso. No te duela lo que no es humillación. Porque tú eres como eres. Y como eres te quiero. Con tu risa y tu melenilla revoltosa. Me brinca dentro tu alegría, nena. Unas veces me enfadaría contigo, por locuela; pero pienso que esa locura tuya es prima hermana de la comba y las muñecas. Y me río de verte tan chiquilla, con tu veintitrés años. Y me río también de verme tan viejo con mis treinta.

Pues ni yo soy una nena, ni tú un viejo. La edad crítica para...

Se detuvo, un poco corrida de lo que no llegó a decir. Luego, como siempre que se trataba de algo transcendental, soltó la risa a borbotones.

—De casarnos—completó Luis—. Sí; ya va siendo hora. En cuanto yo ordene mis asuntos y normalice cuatro cosillas...

Maruja volvió a reír. Con la cabeza hacía atrás; brincándole la melenilla nazarena, y húmedos los labios, como carne de cereza.

.....
.....
«Córdoba y Junio.

»Mamá está mejor, y pregunta por tí; cosa que me halaga mucho. Le veres decididamente simpático. Y pienso que ese efecto de mi madre—las »madres no suelen equivocarse—es una garantía de que puse el mío en »lugar seguro. ¿Cuándo vienes? Siete días llevas fuera, y eso no fué lo »convenido. Y eso que no creo en nada malo; pero ten mucho ojo, que »no han de faltar desocupadas que se prenden de tu dinero o de tu »palmito.

»Dirás que soy tu padre predicador; no importa. Mis dudas, en todo

»caso, no son de tí; sino de las otras. En cuanto a mí, sigo haciendo
 »una vida de recoleta; el cuidado de mamá, de mis tuestos, y de mi patio.
 »Ayer estuve en misa de diez en San Pablo; por cierto que, al salir, me
 »fijé en las gárgolas que tanto te gustan. En la calle, nos sorprendió un
 »grupo de obreros que corrían; detrás, la Guardia Civil, con los sables
 »desenvainados. Dicen que aquello era una manifestación comunista, que
 »iba gritando pestes contra el gobierno y la guardia civil, y amenazando
 »con quemar los bancos y las iglesias. ¡Válgame Dios, y como anda la
 »gente, dejada de su mano!

»Hago punto, y voy a leerle a mamá el «A B C». Ya sabes que es,
 »aparte sus devociones, lo único que le gusta. Con todo mi deseo de ver-
 »te.—*Casilda.*»

VII

Intermedio

Pena, penita, pena.

Luis estaba definitivamente preocupado. No sabía que hacer. Y lo grave es que había que resolver a todo trance. Maruja, además le había anunciado, para muy pronto, un viaje a Córdoba, con su padre. Lo había convencido, y allí se presentarían de un día o otro.

Cayeron lentas y graves doce campanadas. La noche era magnífica. Las estrellas acribillaban el inmenso párpado negro.

Venía de casa de Casilda, y pensando, pensando, se encontró, sin saber cómo, en la plaza de los Dolores. El Cristo de piedra agonizaba entre la débil piedad de unos farolillos de aceite. Un gato negro, acurrucado en la peana, enarcó el lomo y salió huyendo como un condenado.

Se plantó ante el Cristo. La piedra se retorció de dolor. Alzó su mirada hasta otra mirada de granito y sin rezar, sin mover los labios, floreció la más bella oración humana. Ni siquiera cayó de rodillas. Le parecía aquello, como una rara confesión de todos sus amores; como una muda confesión de todas sus congojas. De Hombre a hombre. Clavó los ojos en la piedra, crispada por el dolor inmóvil. Y le pareció que los ojos del Cristo estaban llenos de perdones.

Sobre los lomos de los tejados, ponía la Luna su montura de papel de seda. Olía la noche a «Maja desnuda» y a claveles...

Siguió caminando al azar. Los dos nombres—Casilda, Maruja—le quemaban la frente como una tenaza enrojecida. Ahora, cruzó el Viaducto,

carretera del Brillante arriba. Autos y autos, con risas roncadas de mujeres. De uno de ellos, salió como un girón doliente, la copla

Me voy cerca de una fuente,
Por ver si está pena mía
Se la lleva la corriente

.....

¡Pena, penita, penal! El auto y la copla se perdieron en una revuelta.

Se sentó en un banco de piedra. Más autos. Pasaban parejas del mal amor, cosidas las sienes y los labios. En lo alto, parpadeaban las luces del Brillante y de la Venta de Vargas. El aire traía estrépitos de jazz y terciopelos de violín. Y él, allí, solo con sus pensamientos y su cigarro, que agujereaba la noche con un puntito rojo. Casilda, Maruja. Maruja Casilda. Le bailaban los nombres. Casilda, Maruja. ¿Por qué las habría conocido? Pensó que la bigamia no es tan disparate como dicen. El amaba a las dos, casi santamente... Casilda, Maruja. Maruja, Casilda... Las bellas pausas de Casilda, y el cascabeleo de su «muñeco». Dos en una. Una sola. ¿Cuál?

En el cielo, una estrella, al correrse, dibujó una interrogación. Se pulsó la muñeca, y sintió galoparle la sangre por su radial.

Tiró el cigarro que rayó una curva en el arco negro. Sintió crujir la arena; un hombre venía hacia él.

—Caballero, necesito un duro esta noche. Hoy no he comido.

Luis, un poco molesto por el tono, echó, no obstante, mano al bolsillo para socorrerlo, cuando sintió que dos brazos le sujetaban por detrás.

—El dinero que lleve, o lo mato—oyó a sus espaldas.

Luis Plá midió rápidamente la situación.

—Si hombre; tomad y dejadme en paz.

Con un movimiento habilísimo, se encontró con la browning en la mano. Un disparo, y un grito. Miró a su alrededor y se encontró solo.

.....

.....

«Madrid.

»Mi Luisín de mi alma: Acabo de recibir la tuya, que creí que no
»llegaba nunca. La gran noticia: Papá quiere que adelantemos el viaje a
»Córdoba, y pasar el Corpus en Granada; así que de aquí a dos o tres
»días, nos tendrás ahí. Estoy que reviento, chiquillo; ahora sí que soy un
»cascabel de verdad. Verte tan pronto, y pasear contigo por esa Ribera
»y esa Victoria que tienes siempre en la boca ¡que gusto! Aunque si te

»digo la verdad, me figuro a Córdoba, demasiado sería, y las chicas de
 »ahí, muy calladitas; que no saben reír a carcajadas; con los ojos muy
 »negros, y escondidas siempre detrás de las persianas. Tu muñeco es de
 »otra manera; aunque ni mí reír, ni mi afición a la calle, ni el cuidado
 »de mis labios y mis ojos, son pecados capitales. Revoltosuela, y todo lo
 »que quieras, pero en el fondo—muy en el fondo, eso sí—una mujercita
 »formal. Muy casera, no; la verdad; aunque ya me corregiré cuando es-
 »temos en nuestra casa, ¿verdad huraño? Después de todo, sé que te gus-
 »to así.

»¿Te acuerdas de la escena de la venta aquella donde merendamos? Si
 »estuvieras aquí, volveríamos allá, a tomar nuestra merendilla... y lo otro.
 »Un beso de tu cascabel.»

.....
 «Madrid.

»Mi Luisín mío: Estoy la mar de ofendida. En la tuya no me hablas
 »una palabra del viaje nuestro; es más: dejas entrever la posibilidad de
 »una ausencia tuya, precisamente coincidiendo con nuestra visita a Cór-
 »doba. No te entiendo, o no has entendido bien lo que te escribí acerca
 »del viaje.

»Después, parece que te arrepientes, y quieres hacerte perdonar a fuer-
 »za de piroparme. Dos carillas justas de zalamerías. No; tú no eres así.
 »Ese exceso de galanterías, es demasiado teatral para ser tuyo; detrás de
 »tu carta hay algo, y algo desagradable que no me atrevo a escribir ¿Qué
 »te ocurre? ¿Me quieres menos? ¿Temes que mi viaje a esa, me revele al-
 »go que tú me has ocultado siempre? ¿Es eso? ¿Es eso? Dímelo enseguida.
 »Escríbeme ahora mismo. Que hoy, todo el cariño de tu muñeco, se va
 »haciendo ansiedad.»

* * *

—Nada Casilda; no me sucede nada.

—¿Qué sé yo? Te veo tan preocupado...

—No. Es que la visita de la familia Torralta, me desconcierta mis
 planes. Tú sabes la vieja amistad de mi casa con esos señores, y eso me
 obliga a atenderlos, a robarte mi tiempo...

—¡Bah! Eres un chiquillo. Además; eso se arregla fácilmente. Los traes
 a casa; nos presentas, y los atendemos a medias. Les enseñamos todo;
 Museo, Mezquita, la Sierra, Medina Azahara, la Huerta de los Arcos...;
 te prometo hacerme muy buena amiga de... ¿dijiste Maruja?

Luis Plá estaba desconcertado. Todo se le venía encima. Casilda y Maruja en Córdoba... juntas... ¡la verdad que cuando la vida se pone a hacer muecas! No; no podía ser. Se descubriría todo, y las dos tendrían derecho a escupirle al rostro. Y eso sí que no. Lo arrostraría todo si fuera preciso; todo menos renunciar a aquellas dos mujeres. En su espíritu eran suyas, y necesitaba a ambas como a las dos mitades de su propio corazón.

Pero aquello, siendo tan realidad en él, no podía serlo en la otra realidad de la vida. Ya sentía el tope de hierro, que ponía una frontera a sus delirios de amor, y le daba miedo pensar que había que optar por una u otra, o prescindir de las dos. Esta era la lógica; pero su pasión, más fuerte que la lógica no estaba para razonamientos. Acabaría por volverse loco y darse a todos los diablos,

Al salir de casa, un ordenanza le alargó un papel amarillento. El pulso le dió un salto. Lo abrió al pie de un farol.

«Maruja con treinta y nueve grados y décimas. Temores de fiebre tífica. *Torralta.*»

Estrujó el telegrama y lo guardó. Unas alas siniestras le rozaron la frente, como un aire negro. Aquella noche no pegó los ojos.

Por la mañana, le despertó la criada. Otro telefonema:

«Maruja gravísima. Convendría que viniera. *Torralta.*»

No lo dudó. Releyó cien veces el reglón, metiéndose entre las letras con ansia de escudriñar. Nada; las seis palabras, lacónicas y precisas. Aquello era la muerte, garrapateada en el papel pajizo. «Convendría que viniera». Seguramente, en su delirio le llamaría a él. «Mi Luisín», diría la pobre.

Se le moría su muñeco... Sintió pena en los ojos, y hundió la frente en la almohada. Sin una comba en el pecho; sin una lágrima. Dolor fuerte y seco de hombre. Pena, penita, pena...

V I I I

Mañanita de San Antonio...

Olía a primavera aquella mañana de San Antonio. Mañanita de Goya en la Ermita de la Bombilla. Mañanita de verbena. Mañanita de sol...

Luis Plá, inmóvil, con el dolor inmóvil del Cristo cordobés. Las ma-

nos de Maruja apretaban las suyas con demasiada fuerza. Tan bonita, tan bonita con su fiebre. La melenilla pegada de sudor a las sienes. De pronto, se aflojaron sus dedos, y miró fijamente a su novio. Luis sintió en su piel el frío de aquella mirada recta.

Nada más. Tuvieron que llevárselo a puñados. Como un guiñapo. Como un pelele. Como si le hubieran robado media alma. Y en la alcoba, su «muñeco» con el resorte roto.

.....

El Sol desplegó su bandera sobre la cama. Olía a Primavera aquella mañanita de San Antonio.

.....

IX

La doble nupcia

—¿Cuándo te quitas el luto?

—Déjalo nena. La hija del mejor amigo de mi padre, bien merece esto. Me lo quitaré el día de la boda, ¿eh?

—Como quieras. Oye ¿viste los vestidos de calle? Primorosos; el padrino se ha gastado un capital.

—Sí; pero esos tonos tan oscuros... Eso no va con tu edad ni con tu palmito.

—Me gustan así; no creas.

—Pues he pensado que te gusten menos. Mira; ya que tan poco falta para que seas mi mujer, quiero yo ser un poco tu profesor. Y empiezo riñéndote; sí, riñéndote. Es preciso que vayas arrinconando esa seriedad. Una boca tan linda y tan silenciosa... no. Ríe, chiquilla, ríe; ríe mucho; que yo te oiga siempre, como mi cascabel de plata...

—Pero ¿estás loco? ¿Tú, tú me dices eso...?

—Yo, sí. Eres una mujercita demasiado discreta; te diviertes poco; apenas si sales; tú misma te vas consumiendo entre este patio y este toldo. Quiero que seas más niña y menos... formal; que, donde estés, se note tu presencia, con tu risa y tus voces; que subas y bajas corriendo; las escaleras; que le riñas al canario porque no canta, y al sobrinillo porque no juega; que acortes esa falda, y bajas ese escote, hasta el límite de mis celos. Que salgas, y entres, y cantes, bullas... Así quiero que seas. ¿Lo harás? ¿Lo harás?

La risa clara de Casilda, dominó, esta vez, a la otra risa constante del surtidor.

—Loco, loco... ¡ja, ja, ja! ¡Como si yo fuera un muñeco!

—Eso. Un muñeco; ¡mi muñeco! repitió como un eco.

Hubo un ancho calderón de silencio entre los dos.

—¿Qué te pasa, Luis? ¿Una lágrima?

—No—cortó secamente.

* * *

¡Lo que hace el amor! Cualquiera diría que la Casilda aquella tan recogida, tan discreta, era la Casilda de ahora. Como por brujería había cambiado el aire de chiquilla. La misma doña Clara, se hacía de cruces, al oír aquella risa cascabelera de su hija y aquellas deliciosas diablurillas. Y hasta hubo ocasión en que se vió precisada a recomendarle más juicio.

—Hija—solía decirle—eres al revés de todo el mundo; los años te van haciendo cada vez más chiquilla.

Luis Plá, encantado. Día por día veía las «cosas» de la otra como reproducidas y grabadas en Casilda. A veces, era una locuela, como su «muñeco», y una picaronaza, que en más de una ocasión, le dió cosquilleo de celos. Un día—cosa insólita—la sorprendió cantando. Otra tarde se le rió al «novio memo» de la Solís, en sus mismísimas narices. Y una noche, mientras mamá se asomó a la puerta, se le colgó súbitamente del cuello y le besó la boca.

Había que creer en que el milagro de su cariño hacia él, la había vuelto del revés, como un guante, su carácter. Y sin mermar un ápice su amor a Casilda, pensaba que aquello era el mejor homenaje a la muerta, reproducida ahora en tanto detalle y tanto matiz de su novia. Y así tenía de nuevo a las dos rivales, fundidas en una, y metidas en la carne morena, y en los ojos de «chiquita piconera» de su Casilda.

—¿Te gusto más así?—le decía ella pícaramente.

Aquello era la consagración del doble amor de Luis, que asistía devotamente al atroz cambio de la muchacha, con una emoción y un sigilo verdaderamente sacerdotales. Cada vez era más como la otra. Y cada vez veía a Maruja a bordo de aquel borbotón de risa, o de aquel portazo, o de aquella endiablada melenilla revuelta, o de aquella transcendentalísima discusión con doña Clara, acerca «del color de las medias» o la «hechura de los zapatos», o la «cursilería de la Mazarredo». El espíritu de Ma-

ruja iba alojándose paso a paso en el alma de Casilda, como un raro espiritismo. Doble alma en la misma alma. Doble amor en el mismo amor.

* * *

Y como todo llega en en este mundo, allí llegó el día de la boda. Alegría, ruído, buen humor en toda la casa, menos en la tristeza de doña Clara.

Luego de volver de San Pablo—doña Clara tuvo empeño de que se casaran en la Iglesia, porque así se le antojaban más casados—, saludos, apretones, bromas discretas, el cuello tieso, la cena en el Victoria; despedidas... y el deseo que le reventaba. Todo, un poco giróvago, huidizo, de pesadilla. Por último, solos.

.....

.....

Aquella noche fué doble la nupcia. En el espíritu y en el cuerpo de Luis Plá, hubo dos temblores. La carne morena de Casilda, y la carne rubia de Maruja, ardieron juntas en el mismo fanal.

FIN

ANTONIO DE LA ROSA.

Mayo 1932.

